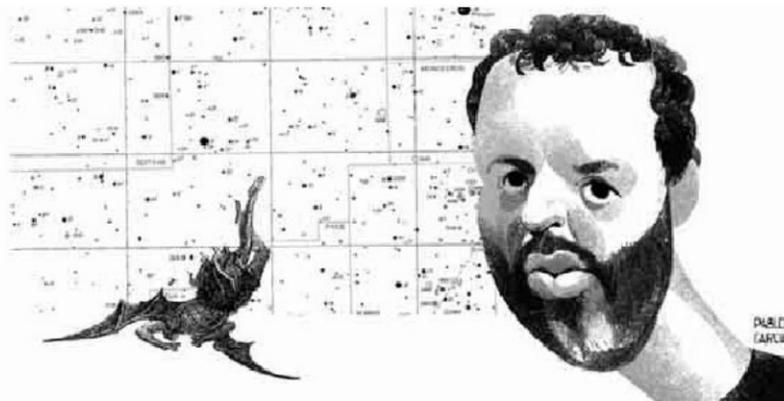


# la intemperie

ma compleja, llena de vericuetos, sustos, sorpresas y sobresaltos; tienes que considerar la lengua castellana como muy buen vehículo expresivo y cono-cerla a fondo. Entonces, disfrutarás de **Intemperie**. Pero si lo que te van son monjes atribulados por manuscritos que aparecen a montones en cualquier esquina, enanos del bosque y otras criaturas verdes, espionaje internacional con martini y seis estrellas, chupasangres con acné, porno para la mediana edad, nostalgias de velos y tules y tutús, entonces ni se te ocurra acercarte a esta novela. Es decir, si usas la literatura como artefacto de entretenimiento banal cuando no hay nada en la tele, al igual que otro objeto que se venda en bazares de chiste y broma, nada de vértelas con Jesús Carrasco. ¿No hay trama, entonces? La imprescindible: una fuga de un niño; algo hizo contra quién sabe qué orden abusivo; se ve obligado a huir; lo persiguen gentes sin nombres, sólo sus oficios o su piel los califican: el alguacil, el Colorao (único nombre propio, digámoslo así, de **Intemperie**); se encuentra y forma pareja de escape con un pastor; lo traiciona un tullido; sólo fugaces y desvañados flases del pasado (página 41: el tonel, la madre, la navaja del padre...), poco más. Los diálogos, escasísimos, y casi como una obligación para que haya espacios en blanco en la novela. Pongo un ejemplo y lo separo con barras para que no nos coma todo el espacio: «Yo no te voy a hacer nada. / Sabe que me buscan. Va a entregarme. / No es ésa mi intención. / Su intención es la de todos. / Te equivocas. / ¿Por qué me ha traído hasta aquí? / Porque está lejos. / ¿Lejos de qué? / De la gente. / La gente no es mi problema. / Cualquiera que te vea puede delatarte. / Como va a hacer usted, ¿no? / No». Tampoco se recrea Carrasco en las imágenes, sólo las necesarias, justas, ceñido como está el relato al realismo: «El burro comenzó a correr sin rumbo, como si tirara de un arado de cen-ceros». O sea, ningún elemento que no sea esencial se suma al relato.

Porque lo esencial es la desolación, la huida, los vínculos, la traición; y, sobre todo, un paisaje hostil, siempre acechante y cruel, amenazador, escudriña-do con tal minuciosidad que se convierte en el protagonista absoluto. No ya en el escenario, en el fondo: es el amo de la narración. Quien piense, como recordaba Melville, que la función de la literatura no es describir la realidad sino envolverla puede su-mar a sus preferencias a este nuevo autor. Qué bien que aún algunos kamikazes sigan escribiendo no-velas y no objetos noveleros.



## Hombres que caen

La original visión de Auschwitz de Michel Laub



RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

No parece sencillo, a estas alturas de la Historia, regresar a Auschwitz y a sus oscuros gemelos para arrojar una luz nueva sobre el sentido y significado de la infamia nacionalsocialista. El impacto de la obra firmada por Adorno, Améry, Appelfeld, Arendt, Bettelheim, Celan, Kertész, Klemperer, Levi, Pahor o Semprún nos previene contra la tentación de que el tema de los campos de exterminio pueda ser revisitado con ligereza una y otra vez, como quien airea periódicamente la fetidez de un desván. Es obvio, además, que la biología está cerrando el cerco de los testimonios de primera mano. Pronto se cumplirán setenta años del final de la Segunda Guerra Mundial. Cada vez queda menos gente que haya estado allí, entre el terror puro y la suspensión de la lógica, en los juegos góticos de la supremacía racial y el ocaso de la dignidad humana. Y sin embargo, desde la ficción, que es soberana en su osadía y también en sus motivos, un escritor de Porto Alegre nacido en 1973, Michel Laub, ha escrito un libro extraordinario (y extraordinariamente original) sobre Auschwitz y su eco en distintas generaciones de inmigrantes judíos llegados a Brasil tras la Shoah.

Diario de la caída, que merece ser aplaudida como una obra sobresaliente, investiga tres formas distintas de caída. En primer lugar, una caída física, material, sufrida por

un compañero de estudios del narrador, víctima de una broma escolar, y que enfrentará al protagonista a una de las preguntas más complejas del mundo: en qué momento la víctima se convierte en verdugo. En segundo lugar, una caída no menos objetiva, la del narrador en el alcohol, en la lucha con su propia conciencia y con quienes le rodean para justificar, escapar o prevenirse de ese amigo infernal. En tercer y último lugar, una caída con mayúscula, la Caída, figura simbólica del mito fundacional, en virtud del cual el hombre es un animal imperfecto, que arrastra desde su nacimiento el estigma de la culpa.

La culpa que Laub insinúa no posee una dimensión religiosa, sino que opera en el teatro prosaico de las acciones humanas. No hay aquí expulsión del Paraíso ni dedo acusador de un Padre atrabiliario, pues el Paraíso nunca ha existido y los padres tienen bastante con atender sus propios tormentos. Se retoma así, de forma circular, la pregunta formulada por la primera caída, la del camarada burlado, que precipita el acceso a la segunda caída, la del alcohol como cauterio: en qué momento la víctima se convierte en verdugo. Para responder a esta inquietante pregunta, Laub traza la historia de tres generaciones (abuelo, padre, narrador) y proyecta los resultados

de su investigación hacia la cuarta generación, encarnada por el hijo del propio narrador. Y es ahí, en el final emotivo y muy bello de este libro sobre hombres que caen y se levantan, donde Diario de la caída alcanza su perfecto equilibrio: el de convertirse en un diálogo con los ancestros perdidos y, a la vez, en una carta al hijo por nacer.



Diario de la caída

MICHEL LAUB  
Mondadori, 2013

## Hay mucho Kerouac más allá del camino

Pese a la explosiva influencia de Kerouac en el imaginario de millones de jóvenes desde la década de 1950, su amplia obra ha sido recibida en España de modo muy fragmentario. Casi nadie que chapotee entre folios ignora **En el camino**, pero las otras pistas mayores apenas alcanzan **Los vagabundos del dharma**, **Los subterráneos** y poco más. De ahí la importancia del empeño de la editorial Escalera en acercar al lector español las innumerables piezas poco o nada conocidas de Kerouac y, más en general, de la «beat generation». Con **Pic** (1951-1969), **Tristessa** (1955-56) y **Satori en París** (1965) ya a la espalda, el siguiente paso ha sido este **Doctor Sax** (1952). Una alucinada, onírica y multiforme incursión en recuerdos y fantasías de infancia que confluye en la verdosa piel de musgo del doctor Sax, el crisol donde se funden los miedos del niño Kerouac. Una gozada para los amantes de la prosa y la poesía indomables de un hombre cuya mano febril iba siempre por detrás de su voluntad de subversión.



Doctor Sax  
Fausto tercera parte  
JACK KEROUAC  
Traducción: Martín Abadía  
Escalera  
256 páginas  
17,95 euros

## Cuando Benjamin desnudó a Baudelaire

Los ensayos de Walter Benjamin (1892-1940) sobre Baudelaire fueron concebidos como parte del inacabado **Libro de los pasajes**, empresa de larguísimo aliento con la que el pensador alemán pretendía sentar las bases de una filosofía materialista del siglo XIX concebida como crítica de la modernidad. En su condición de fustigador de la rampante sociedad del dinero que lo asfixiaba en mortal aburrimiento —pero, ante todo, en tanto que primer poeta moderno—, Baudelaire era irresistible piedra de toque para que el singular marxista que fue Benjamin explorara las relaciones entre capitalismo y poesía. La edición que ahora presenta **Eterna Cadencia** es la más completa en castellano de estos trabajos. Además de las piezas centrales —**El París del Segundo Imperio en Baudelaire** y **Sobre algunos temas de Baudelaire**, introducidos por París, capital del siglo XIX—, el volumen incluye numerosas notas y apuntes que Benjamin nunca desarrolló y un prólogo de Rolf Tiedemann, máximo especialista en la escuela de Fráncfort.



El París de Baudelaire  
WALTER BENJAMIN  
Introducción: R. Tiedemann  
Traducción de Mariana Dimópulos  
Eterna Cadencia  
288 páginas. 21 euros